

Los pimas de Chihuahua: a la búsqueda de la identidad perdida

Identidad y extinción

Uno de los sueños de todo antropólogo que se precie, influenciado sin duda por el afán buscador de la arqueología, es el de encontrarse un día con una tribu perdida y nunca descubierta; ser el primero en describir una ceremonia o ritual secreto hasta entonces a la mirada de cualquier otro compañero de labores; recibir una dolorosa y complicada iniciación a los misterios más ocultos y poderosos de los terribles hechiceros, o convertirse en el héroe salvador del grupo, vengando las humillaciones sufridas por los siempre presentes y malditos mestizos, blancos u occidentales opresores, obteniendo como recompensa la mano de la hija (hermosa, por supuesto) del anciano sabio o del jefe guerrero... En el fondo, siempre está presente en estos sueños la seducción por lo nuevo y lo desconocido, por lo raro y exótico, por todo aquello que signifique originalidad y novedad, aderezado todo con unas buenas dosis de aventura y riesgo. Estos rasgos se convierten en algo así como marcas de identidad del antropólogo o, por lo menos, temáticas a las que siempre recurren quienes —a menudo compasiva, a veces temerosa, pero sobre todo raramente— se interesan por lo que hace un personaje tal. Y es en el contexto de esta visión como suelen aparecer caricaturizados buena parte de los elementos que constituyen ese concepto ambiguo, abstracto y bastante horroroso de identidad étnica.

Le suele ser más difícil al antropólogo situarse en la cotidianidad de la vida étnica como lo haría en su propia sociedad de origen y profundizar en ella sin aburrirse ni pensar que no hay nada interesante allí: que, en resumidas cuentas, todo es igual. Y mucho más cuando se encuentra con “indios” sin “indianidad”; es decir, sin lengua propia, ni misterios, ni secretos, ni mitos, ni curiosos taparrabos o estuches penianos, ni encantos curativos (ni tampoco femeninos o masculinos) que, en definitiva, no se diferencia prácticamente en nada al vecino mestizo. Si ahí hay que hablar de identidad, sería únicamente como persona y no como grupo o colectivo, la pertenencia al cual cada vez se difumina más, hasta el punto de que puede hablarse de una identidad negada. Algo de eso es lo que he encontrado en mi relación con los pimas de Chihuahua o, más dramáticamente, la sobrecogedora idea de la posibilidad de desaparición de una cultura.

Nunca me ha gustado el término “etnia en peligro de extinción”, pero al acercarme a los o'oba de Chihuahua con el fin de encontrar algunas pistas sobre los elementos identitarios

aún vivos y activos entre ellos —al tratar de rastrear su memoria histórica como grupo y querer oír el eco de los antepasados, la tradición o la costumbre en sus bocas—, no pude evitar pensar en ello ante sus respuestas por lo general negativas o ausentes. Parte de los velos que recubren la identidad perdida de los pimas y que influyen en su acelerada descomposición son: la violencia en la región como una de las secuelas —en gran medida— del cultivo de marihuana; el descarado poder ejercido por algunos mestizos de Yepachi, la cabecera comunal, que mueven a su antojo los magros beneficios de la explotación forestal sin dar cuenta a nadie; el miedo entre los pimas, quienes aún se reconocen como tales; la poca participación en la organización comunitaria, y la ausencia de programas de

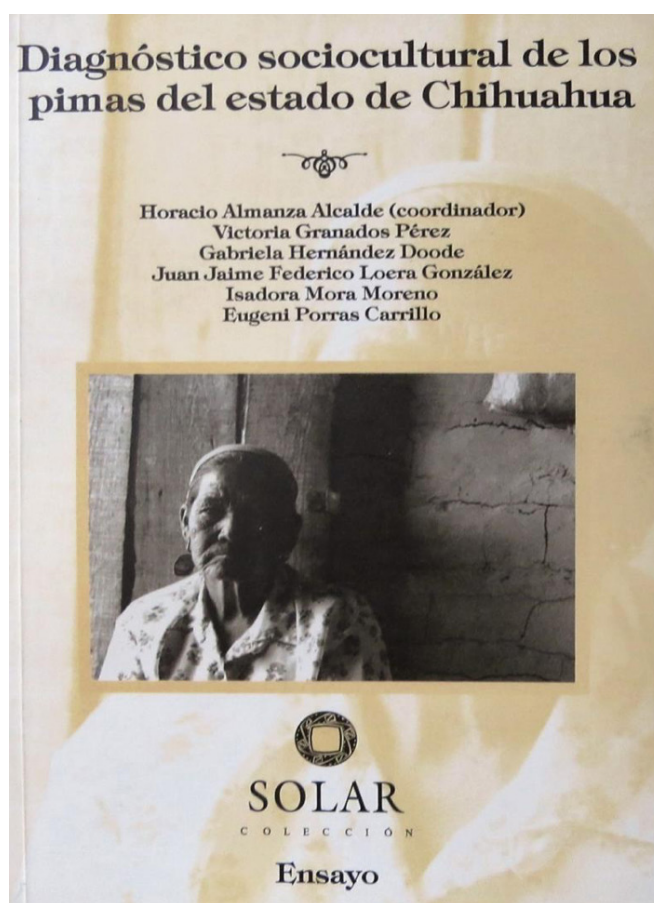


Figura 1. *Diagnóstico sociocultural de los pimas del estado de Chihuahua*, editorial: Instituto Chihuahuense de la Cultura, año de edición: 2006.

asesoría y apoyo “étnicamente específicos” por parte de las dependencias públicas del cualquier nivel.

Presento en este ensayo tres textos fundamentalmente etnográficos o descriptivos, surgidos en diferentes momentos de mi trabajo de campo con las comunidades oóba y como parte de la antropología aplicada que intento desarrollar en esa región como un camino para su revalorización étnica y cultural. El primero de ellos se incluyó dentro de la presentación general del grupo en el contexto de la Sierra Tarahumara para el proyecto “Instalación de una red de agua potable en la comunidad de Nahogame”, aprobado en 1997 por el Fons Català de Cooperació al Desenvolupament, de Catalunya, España. El segundo se basa ampliamente en el guion elaborado para el video *Yúmare oóba: etnografía visual de los pimas* (1998), realizado como parte de mis actividades en la ENAH-Unidad Chihuahua dentro del proyecto “Fronteras étnicas y procesos de simbolización en el noroeste de México”, y que contó con una parte de financiamiento del programa PACMYC. El último de ellos contiene las opiniones vertidas por los indígenas en una consulta realizada para el Congreso del Estado de Chihuahua sobre cambios constitucionales que culminó en la inclusión de un capítulo “de los pueblos indígenas” dentro de la Constitución del Estado de Chihuahua reformada en 1994.

Aunque algunos datos sean semejantes o se repitan, he preferido mantener la separación a la manera de un *collage* que dé cuenta de la diversidad de estilos y formas de acercamiento a este grupo étnico muy poco valorado en el ámbito de los estudios antropológicos y con casi nulas acciones por parte de los indigenistas del estado de Chihuahua; sobre todo, he querido incluir mínimamente la voz de los propios actores en torno a los principales temas que les afectan. A través de esas voces, ojos, silencios y risas, tal vez aún sea posible ir a la búsqueda de la identidad perdida por tanto tiempo de negación como grupo étnico y se pueda evitar el latente peligro de extinción que les acecha.

Etnografía mínima

De acuerdo con la tradición y los mitos que todavía se conservan, los pimas surgieron originalmente del río Salado, de donde se extendieron hasta el río Gila. Un diluvio acabó con los pobladores primitivos y el único superviviente, Cího o Sohó, procreó a a los pimas actuales. Alvar Nuñez Cabeza de Vaca fue, según parece, el primer blanco en penetrar en territorio pima hacia el año de 1536, pero los primeros asentamientos españoles se produjeron en 1616 con la fundación de las misiones de Moris, Yécora y Ures, en la Pimería baja, y en 1687 con la de Nuestra Señora de los Dolores del padre Kino, en la Pimería alta. Entre 1751 y 1753 hubo una rebelión en este último territorio en la que los pimas lucharon aliados con los pápagos y los sobas.

En el momento presente, la población de la Pimería alta se encuentra reducida al río Gila, en una reservación del estado de Arizona, Estados Unidos. Los pimas bajos se reparten entre los estados de Sonora —en Maycoba y alrededores, municipio de



Porras, E. (1994). Procesión San Francisco encabezada por la gobernadora doña Romelia. Yepachi.

Yécora— y Chihuahua —principalmente en la comunidad indígena de Yepáchi, municipio de Temósachi—. Hay que añadir algunas familias más que viven en el municipio de Madera.

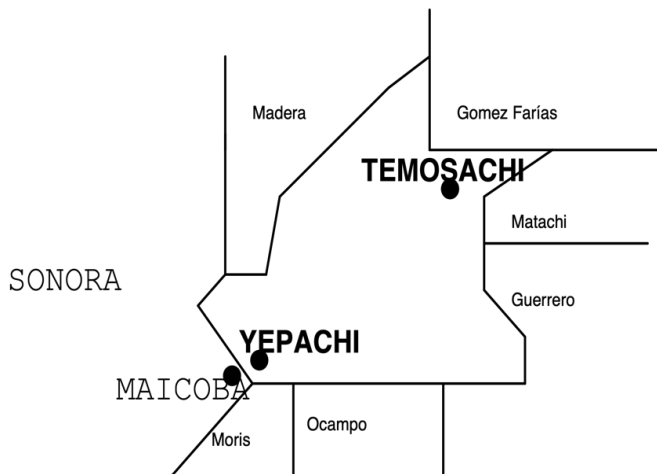
A fines del siglo pasado, Carl Lumholtz consideraba que no había más de 60 familias pimas en Chihuahua de las que 20 residían en Yepáchi.¹ Aunque no se cuenta con datos fidedignos sobre la población pima, es falsa la afirmación de Basauri.²

Actualmente los pimas, puede decirse, se han extinguido como tribu; casi todos ellos se han mezclado con el resto de la población, con quienes viven en constante y buenas relaciones, al grado de no considerarse indios, pues ya muchos ni siquiera conservan su idioma, quedándoles tan solo su tipo físico.

Él mismo indica que el censo nacional de 1930 registró unos ochocientos pimas. El censo de 1980 no registra hablantes de esa lengua, pero el Instituto Nacional Indigenista señala la existencia de doscientos setenta y dos pimas solamente en Yepáchi y rancherías aledañas. Según los últimos datos recogidos en trabajo de campo, se estima una población indígena de no menos de seiscientos habitantes para la comunidad de Yepáchi y las rancherías a ella adscritos, a partir de los censos elaborados por los gobernadores indígenas respectivos para el reparto de despensas proporcionadas por el DIF y otras instancias de los gobiernos estatal y federal.

¹ Lumholtz, C. (1981). *México desconocido*. México: Instituto Nacional Indigenista. Como parte del viaje realizado a fines del siglo XIX.

² Basauri, C. (1940). *La población indígena en México*. México: Secretaría de Educación Pública, p. 234.



Municipio de Temosachi

La comunidad de Yepáchi pertenece al municipio de Temósachi y se encuentra situada en los límites del estado de Chihuahua con el de Sonora, en el cruce del meridiano 108° con el paralelo 28.5°. Sus límites son: al norte, el municipio de Madera; al sur, Jesús del Monte, perteneciente a Ocampo; al este Tutuaca y al oeste, Maicoba en Sonora. El pueblo de Yepáchi fue fundado en 1677 por los misioneros José Tardá y Tomas de Guadalajara. De la antigua ubicación solamente queda el nombre, Pueblo Viejo, en donde se encontraba la antigua iglesia y donde ya no vive nadie.

Se trata de una comunidad agraria constituida por cuatro agrupaciones o comunidades tradicionales en donde se concentra la mayoría de la población pima u ooba del estado de Chihuahua. También existen pimas fuera de Yepáchi, en Tosánachi, Mesa Blanca y Junta de los Ríos, al decir de los de aquí “pocos, mezclados, cuarterones y sin tradiciones”. Por esa circunstancia y por la carretera que atraviesa la comunidad, tienen mayor comunicación con los pimas de Sonora en los poblados de El Kipor y Maicoba a cuarenta y cuarenta y cinco kilómetros respectivamente de Yepachi. Se dice que los pimas sonorenses conservan más sus tradiciones y su idioma, aunque hace diez años era lo contrario. Al parecer se recibió mayor apoyo de aquel lado y se fortalecieron las costumbres, mientras que aquí, como se ha señalado, el conflicto con los mestizos, el narcotráfico y la explotación forestal deterioraron en forma rápida y violenta la identidad étnica.

Según los datos de la médico-pasante María Lourdes Carrejo Orozco de la Facultad de Medicina de la UACH, la población estaba distribuida de la siguiente forma:³

| Año | Nacimientos | | Defunciones | |
|------|-------------|---------|-------------|---------|
| | Hombres | Mujeres | Hombres | Mujeres |
| 1974 | 32 | 40 | 7 | 5 |
| 1975 | 22 | 24 | 4 | 2 |
| 1976 | 36 | 19 | 8 | 16 |
| 1977 | 17 | 16 | 5 | 6 |
| 1978 | 16 | 20 | 8 | 3 |

| Edad | Habitantes |
|---------------|------------|
| 0-5 años | 117 |
| 6-14 años | 181 |
| 15 o más años | 409 |

| Sexo | Habitantes |
|---------|------------|
| Hombres | 390 |
| Mujeres | 317 |

| Grupo étnico | Habitantes |
|--------------|------------|
| Pimas | 330 |
| Mestizos | 377 |

| Lengua | Hablantes |
|-----------------------|-----------|
| Español | 540 |
| “Dialecto pima” (sic) | 2 |
| Bilingües | 169 |

Otros datos significativos son las ciento quince personas consideradas población económicamente activa dedicada a la agricultura; la existencia de un aserradero particular perteneciente a Maderas Sisoguichi, que tiene una producción de quince a veinte pies diarios y una sierra circular; la existencia de siete tiendas de abarrotes, y el fracaso en enero de 1979 de una tienda CONASUPO que empezó a funcionar en octubre de 1978.

Señala la existencia de dos parteras empíricas, “una bruja” (sic) y varios curanderos, y finaliza su informe afirmando:

El concepto salud-enfermedad es muy pobre debido al bajo nivel cultural de la población y a la serie de creencias y tabúes que no se han podido erradicar a sus habitantes, sobre todo al indígena, aunque el mestizo se identifica en algunas ocasiones con las creencias indígenas (Carrejo).

³ Estudio médico sanitario realizado en Yepachi (1978-1979).

| Población | Piedras Azules | Nahohame | Yepachi | Total |
|---------------------------|----------------|----------|---------|-------|
| Total | 64 | 67 | 593 | 724 |
| Familias indígenas | 8 | 14 | 49 | 71 |
| Menores 1 año | 3 | 3 | 19 | 25 |
| 1 a 4 años | 6 | 12 | 74 | 92 |
| 5 a 14 años | 19 | 17 | 172 | 208 |
| 15 y más | 36 | 35 | 328 | 399 |
| No. familias | 13 | 14 | 142 | 169 |

| Edades | H. | M. | H. | M. | H. | M. | H. | M. |
|----------|----|----|----|----|----|----|----|----|
| 70 y más | 1 | 0 | 2 | 1 | 6 | 7 | 9 | 8 |
| 60-69 | 3 | 0 | 1 | 2 | 14 | 10 | 18 | 12 |
| 50-59 | 2 | 1 | 2 | 1 | 14 | 14 | 18 | 16 |
| 40-49 | 2 | 3 | 1 | 2 | 20 | 18 | 23 | 23 |
| 30-39 | 4 | 4 | 6 | 2 | 52 | 39 | 62 | 45 |
| 20-29 | 6 | 1 | 5 | 4 | 41 | 39 | 52 | 44 |
| 10-19 | 11 | 10 | 8 | 9 | 70 | 70 | 89 | 89 |
| 5-9 | 4 | 3 | 4 | 2 | 41 | 45 | 49 | 50 |
| menos 5 | 7 | 2 | 4 | 11 | 49 | 46 | 60 | 58 |

Después de esta crítica a la medicina natural (hierbas) y a la religiosa (brujería), no nos extraña el reconocimiento que la autora le hace al Instituto Nacional Indigenista de entonces.

Información más reciente extraída de la Unidad Médica Rural de IMSS-Solidaridad en Yepáchi nos proporciona la siguiente serie de datos sobre la población —aunque en ellos no aparecen cifras sobre San Antonio, que también pertenece a Yepáchi,⁴ pero no es atendida por la clínica.

El idioma pima es parte de la familia yuto-azteca y del grupo nahua-cuitlateco, con variedades dialectales que reciben el nombre regional de donde se hablan; ure, yécora y ne-bome para los pimas bajos.

La indumentaria tradicional ha dejado de usarse entre los pimas y su aspecto no se diferencia del de los mestizos, salvo la acentuación de rasgos fenotípicos indígenas en algunos casos. Las viviendas se construyen utilizando materiales de la región: adobe, piedra y madera, trayendo del exterior el techo de lámina. El mobiliario y los demás utensilios son mínimos. Su artesanía utiliza básicamente la palma para cestos (wares), petates y sombreros; barro para ollas, básicamente para auto-consumo, por lo que no es una fuente de ingresos como sucede para otros pueblos indígenas.

El principal recurso económico para los pimas es la tierra y la principal actividad es la agricultura. Dado que viven en un lugar frío y con escasez de agua, la agricultura que practican depende de la época de lluvias, sembrando en las laderas de los cerros o en los pequeños vallecillos disponibles. Los cultivos principales son maíz, frijol y papa, y en menor cantidad calabaza, avena y chícharo. Todavía se usa frecuentemente el arado de palo y en las actividades participa casi toda la familia. Complementan la economía doméstica con la cría de algunos animales como cabras, ovejas, marranos, gallinas y, más escasamente, vacas. Como consecuencia, las migraciones son muy frecuentes originando el que muchos ya no regresen a su tie-

rra o lo hagan solamente para percibir los escasos derechos de monte que como comuneros reciben de las empresas forestales que explotan sus escasos recursos madereros.

La familia nuclear es la unidad básica en la organización de los pimas, quienes tienen un sistema de descendencia patrilineal. Existe una gobernadora tradicional principal (*onogúsame*) en la comunidad de Yepáchi y un gobernador en cada una de las rancharías que la forman: Nahogame, San Antonio y Piedras Azules. Todos tienen algunos ayudantes o auxiliares, pero son pocos los que quieren participar en el gobierno tradicional por temor a los conflictos y a la violencia de los mestizos. Por otro lado, existen las autoridades formales como el presidente seccional y el presidente de bienes comunales.

Básicamente, la religión dominante entre los pimas es la católica, aunque son muy pocos los practicantes debido a que viven lejos de la iglesia de Yepáchi y a que no hay ningún sacerdote viviendo ahí, sino que ocasionalmente se desplaza para dar misa. La convivencia con los mestizos ha originado muchos conflictos, sobre todo con ocasiones de las ceremonias tradicionales como el *yúmare* que han sido interrumpidas por mestizos borrachos y violentos, por lo que no se celebran desde hace unos años, aunque se quieren celebrar de nuevo con el apoyo de instituciones que quieren rescatar la cultura pima.

Educación (mayores de 15 años)

| | | | | |
|---------------------------|----|----|-----|-----|
| Analfabetas | 9 | 9 | 56 | 74 |
| Leen y escriben | 3 | 5 | 36 | 44 |
| Primaria incomp. | 12 | 14 | 160 | 186 |
| Primaria comp. | 10 | 5 | 64 | 79 |
| Secundaria incomp. | 0 | 2 | 6 | 8 |
| Secundaria comp. | 2 | 0 | 5 | 7 |

⁴ Expedientes de acción comunitaria (1995).

Síntesis etnográfica⁵

Actualmente, los pimas u *òbba* se encuentran situados en la región de la Sierra Madre Occidental que forma la frontera entre los estados de Chihuahua y Sonora. En un medio ambiente difícil, a una altura media de mil quinientos metros y con bosques de pinos, encinos y táscates madroños, aprovechan para vivir los ocasionales valles y lugares por los que transcurren pequeños arroyos y en donde se concentra el agua necesaria para las actividades cotidianas.

En Chihuahua, los indígenas pimas se concentran en el poblado de Yepáchi —*Bipchama* en *òbba*— que pertenece al municipio de Temósachi y se encuentra junto a la carretera que lleva a Hermosillo. Ocupa una extensión de ochenta y un mil hectáreas, de las que ciento cincuenta son de agostadero, ciento uno de temporal, y cuatrocientos ochenta y uno constituyen el poblado. Las aproximadamente cuarenta familias de pimas son minoría frente a las más de quinientas mestizas.

Su iglesia fue fundada como misión por los jesuitas en la segunda mitad del siglo xvii. Quemada, junto con otras nueve de la región por las rebeliones de tarahumaras y pimas en 1690, fue posteriormente ocupada por los franciscanos, a quienes pertenecen los magníficos cuadros del retablo y quienes la consagraron a San Francisco.

Muy cerca de Yepáchi, a unos veinte kilómetros (cinco de ellos de terracería) en dirección oriente, se encuentra la comunidad de Piedras Azules, en donde viven alrededor de quince familias pimas. Se fundó en 1892. Como en todas ellas, la escuela, con la correspondiente cancha de básquet, sigue ocupando un espacio central. Este es uno de los pocos lugares que cuenta con una maestra que conocen la lengua *òbba*.

A unas cuatro horas a pie se localiza la comunidad de Nahogame, homónima de la que se encuentra en la región de los tepehuanes u *ódami*, con quienes su lengua, de la familia yuto-azteca, está emparentada. Se encuentra a 30 kilómetros al oeste de Yepáchi. Para acceder a ella hay que tomar una brecha desde El Salto, junto a la carretera interestatal, y de ahí se puede llegar lentamente en camioneta o en dos horas a caballo. Es un valle largo y estrecho poblado en forma dispersa por unas 20 familias.

Junto con las escasas familias que conviven con los mestizos de San Antonio y de Tutuaca, suman los aproximadamente 700 pimas de Chihuahua.

En el estado de Sonora, el centro ceremonial más importante es Maicoba, también junto a la carretera interestatal, con unas doscientos treinta y un familias de pimas, pero con una



Porras, E. (2002). Máscara de pascolero. El Kipor, Sonora

estructura y fisonomía netamente mestizas.⁶ Testigos mudos del tiempo son ahí los adobes de las amplias paredes de la antigua misión jesuita del siglo xvii, espacio sagrado que aún sigue siendo utilizado junto con el de la nueva iglesia que alberga como patrón también a San Francisco.

Otro lugar importante es la ranchería de El Kipor, en donde viven unas veinticinco familias indígenas. Cuenta con una residencia del Instituto Nacional Indigenista y una casa de salud y de música tradicionales y autónomas. Máscaras e implementos rituales de los pascoleros mayos se guardan ahí, junto a los escasos instrumentos de las danzas pimas, lo que indica semejanzas y contactos culturales.

⁵ Este texto está basado en el guion del video *Yumare Oòba. Etnografía visual de los pimas* realizado por el autor en 1998 y editado por la ENAH Unidad Chihuahua.

⁶ Una exposición más detallada se encuentra en: Ortiz, A. (1995). *Los pimas de la Sierra Madre Occidental. Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México: región noroeste*. México: Instituto Nacional Indigenista.

El resto de los casi novecientos pimas que, según las estadísticas del INI, habitan en Sonora, viven en otras pequeñas rancharías como Pilares, El Encinal, El Llano y Cieneguita. Entre los dos estados hay, pues, y a pesar del silencio de las estadísticas oficiales, unos mil seiscientos indígenas *o'oba*, de los que aproximadamente la mitad conservan su lengua.

Las casas de los indígenas *o'oba* muestran, a primera vista, las posibilidades de utilización de su medio ambiente y los cambios producidos por sus relaciones con el exterior. La piedra, la madera, el adobe, las tabletas y, más modernamente, el *block* y la lámina son algunos de los materiales usados para la construcción de sus hogares.

Por lo que se refiere a sus actividades productivas, la agricultura es su ocupación básica y la fuente principal de sus medios de subsistencia. Maíz, frijol, calabaza y chile constituyen, junto con alguna fruta como manzanas y duraznos, sus alimentos más usuales.

La ganadería complementa su dieta con la carne de reses y chivas y con la leche, queso y requesón que se obtiene de ellas, principalmente en la temporada de lluvia. Caballos y burros son, por otro lado, usados como medio de transporte y de carga.

Otra fuente ocasional de recursos monetarios para la maltrecha economía de los pimas la constituye el trabajo en los aserraderos. Tanto en Maicoba como en Yepáchi existen sendos aserraderos cuyo control y administración, sin embargo, se encuentra en manos de mestizos que no siempre cumplen legalmente con el pago de las utilidades que generan la explotación de los ya muy erosionados bosques de la región.

La fabricación y comercialización de artesanías como ollas, *waris*, petates o utensilios de madera es más bien escasa y cumplen básicamente un papel utilitario, siendo las mujeres las que prioritariamente se dedican a esa actividad.

La mayoría de las rancharías pimas no cuentan con agua potable, por lo que ésta debe ser acarreada de pequeños manantiales y ojos de agua, a menudo situados a considerable distancia de sus viviendas. También las escuelas suelen quedar retiradas y mal equipadas.

Las difíciles condiciones de vida en la zona pima obligan a muchos a emigrar a los centros urbanos de Sonora y Chihuahua o a Estados Unidos, así como a dedicarse a actividades relacionadas con el narcotráfico que generan un ambiente de violencia extrema y una secuela de muertes por riñas y rivalidades.

En el mantenimiento de la identidad pima, en la revalorización de sus costumbres y en el rescate de sus tradiciones, el papel de la Iglesia y la religión juegan hoy en día un papel de suma importancia. Como ejemplo, a través del padre David, fraile capuchino de Yécora, se ha recuperado parte de la antigua iglesia de Maicoba y construido un pequeño edificio que sirve a la vez de espacio para la oración, de museo y de centro de reunión comunitario para los *o'oba*.

Haciendo presente el pasado, en sus paredes vuelven a aparecer las imágenes que los antiguos pimas pintaron en las cuevas, incorporados ahora en esta nueva fase de la aún no

terminada evangelización junto a la liturgia católica y las danzas de los vecinos mayos.

Tanto en Sonora como en Chihuahua las celebraciones del señor San Francisco cada 4 de octubre son otra clara muestra de la influencia que la religión tiene entre los pimas. Las festividades cumplen de esa manera el objetivo de potenciar la organización y de reunir a los pimas de las diferentes rancharías y comunidades de la región. En ambos lugares, el principal acto consiste en sacar a pasear las imágenes de los santos — exactamente iguales, pero de distinto tamaño (más grande el de Maicoba)— por las calles del pueblo para que bendiga sus casas, sus habitantes y sus cosechas, así como las de los mestizos que también participan alegremente.

Pero es particularmente en la Semana Santa donde el sincretismo indio-mestizo y la mezcla de elementos religiosos de ambas culturas aparece con mayor intensidad.

Entre los pimas, los fariseos son los personajes dominantes en esta festividad. Con sus rostros pintados de blanco y dirigidos por un capitán que toca sin cesar un tambor, forman un grupo que recorre constantemente la comunidad y está presente en todas las actividades ceremoniales.

Como sucede con la fiesta del santo patrón, la parte central de los actos de Semana Santa gira en torno a las procesiones que parten de la iglesia y recorren el centro de la comunidad. Primero son los pesados bultos de adobes, imágenes antiguas y ramas que representan el andar y el encuentro entre las mujeres y los hombres como símbolo del origen de los *o'ob* y sus antiguos cultos. Luego son las figuras de la Virgen Dolorosa y del Cristo yacente las que se reencuentran simbolizando el otro nexo fundador de toda sociedad y todo orden: el de la madre con el hijo y el de la vida con la muerte.

También suele intervenir un grupo de jóvenes estudiantes que, en el caso de Maicoba, proceden de Ciudad Obregón o Hermosillo y, en el de Yepáchi, de Chihuahua, para escenificar los momentos más importantes del viacrucis y la crucifixión de Jesucristo tal como se narra en los sagrados evangelios.

Otro de los personajes que no puede faltar en la Semana Santa es el judas. Fabricado a base de rellenar ropa vieja con pasto y zacate, el judas es el jefe de los fariseos y el elemento con el que ridiculizar y burlarse del mundo mestizo y de uno mismo. Al mismo tiempo, es la oportunidad de introducir el sexo y lo cómico en una ceremonia tan solemne y trágica como esta. Desde el bosque, lo que simboliza su origen y procedencia forasteros, el judas es trasladado a la comunidad. Por el camino baila con los hombres y lucha con ellos para terminar montado sobre un burro y paseado por toda la población, antes de ser completamente destruido y quemado.

Tampoco puede faltar el *tesgüino* (bebida fermentada de maíz) en ninguna de las fiestas importantes entre los pimas. El gobernador tradicional es el principal encargado de su elaboración y actúa como anfitrión tanto de los fariseos como del resto de los indígenas que refuerzan su identidad alrededor del consumo de la energética bebida.

Pero, sin lugar a duda, la ceremonia más propia de los pimas y de la que más orgullosos se sienten es el Yúmارة, fiesta que dura tres noches y que se realiza para que haya comida, para que llueva oportuna y adecuadamente o para dar gracias por la cosecha. Aunque con sus rasgos culturales propios, está emparentado con el tuburi warijó y con el propio yúmارة de los rarámuri.

El yúmارة se desarrolla en un patio preparado para este fin, que en oòb es nombrado *tut da aká*, situado en las afueras de la comunidad. Delimitado por varias cruces pequeñas, en el extremo este se instala una cruz mayor muy antigua que se guarda en la iglesia de Yepáchi, dentro de un cubierto hecho con ramas de pino y tásate y adornado con flores que constituyen los elementos básicos del altar. En su interior se colocan también las sonajas de los cantadores y los coyolis o tenábares de los pascoleros que serán recogidos por el gobernador en el momento de iniciar las danzas, siempre bajo la oscuridad de la noche.

Pero antes de dar comienzo, las mujeres y las niñas, principalmente, rezan el santo rosario arrodilladas sobre una cobija delante del altar y la cruz que se encuentra arropada por un paliacate. Alrededor del patio, junto a las hogueras que protegen del frío de noviembre y proporcionan algo de luz, se colocan las familias, los invitados y los que en ese momento no bailan o realizan otra actividad.

En el extremo oeste se sitúa el cantador y sus dos ayudantes que dirigen el baile de las mujeres con los diversos tonos de su canto, acompañados de las sonajas o guajes. En estos cantos se repiten, constante y obsesivamente, fragmentos de la forma de ser o actuar de algunos animales como la tortuga, el palomo, el *kochi*, el cuervo, la chuparrosa y otros. Frente a los cantadores, unidas de los hombros, las mujeres representan al animal del que se está cantando y se desplazan hasta el altar para regresar de nuevo con los cantadores. Uno de los momentos más alegres

se da cuando las mujeres escenifican con su danza a los borrachos, ocasión para la diversión y la risa.

Paralelamente, junto a los cantadores se sitúan los músicos que, con guitarra y violín, entonanán las agudas notas de los pascoles y darán el ritmo para los escasos pascoleros presentes.

Al amanecer los cantos y las danzas se detienen, pero la mayoría de la gente permanecerá en el patio todo el día, unos descansando y otros dedicados a las actividades de sustento, como el acarreo de la leña necesaria para el fuego de las hogueras y la lumbre de la cocina. Preparar la comida para todos los asistentes implica mucho esfuerzo y mucha organización para cocinar y servir, pues también ahí se evaluará el éxito o el fracaso del yúmارة. El sacrificio de una vaca constituye también un momento imprescindible en la mayoría de los yúmáres pimas, puesto que su carne forma parte de la comida final y compartida con la que la ceremonia finalizará, a la vez que servirá como pago en especie a los cantadores.

Por la noche, con los rezos se reinician los cantos, la música y las danzas del yúmارة, no sin antes haberle dado una buena barrida al patio. Aunque la mayoría de las acciones son las mismas cada noche, existen algunas novedades; por ejemplo, se colocan junto al altar seis ollitas de barro con el agua o infusión de diversas plantas de las que todos los asistentes deberán de tomar un trago para purificarse interiormente.

En la mañana del último día, se le ofrece copal al altar como despedida y, como agradecimiento, se le da de comer al patio, considerado como una persona más, antes de alimentar a la gente, empezando siempre por los más pequeños. Es entonces cuando aparece el *tesgüino* para ser compartido por todos. De las ollas de barro se traslada a baldes más pequeños que se reparten a las distintas familias, fiesteros, encargados y protagonistas del yúmارة, ofreciéndole primero a la cruz por la que se bailó y a la tierra por la cual se vive.

Después, los que han participado bailando o con alguna otra actividad se forman en el patio, las mujeres frente a los hombres, y se producen varios discursos de despedida y agradecimiento a cargo del gobernador, los fiesteros, el cantador e incluso del etnólogo que también hizo posible este yúmارة reseñado, después de años de no celebrarse, en Piedras Azules (1996).

Luego, las mujeres, los cantadores y los hombres se despiden del altar que los ha guiado en estas tres noches de oración y danza y, con un bastón en la mano como símbolo de haber cumplido con la tradición, todos bailan yúmáre y pascolean, esta vez a plena luz del sol, entrando de nuevo en el tiempo profano. Con la recogida de las cruces y el desmantelamiento del altar, músicos, fiesteros, cantadores y pascoleros clausuran el patio. Un niño, símbolo de la pureza y la inocencia, será el encargado de cargar con la cruz.

De nuevo otra procesión cierra el círculo y señala que la existencia es para los pimas un eterno peregrinar. Encabezados por los pascoleros y los músicos, la cruz y las imágenes re-



Porras, E. (1996). Altar del Yúmارة. Piedras Azules

gresan a la casa del fiestero o encargado de la organización del *yúmare*. Ahí, una vez más, la gente se despide de la cruz y los numerosos santos que pueblan el altar del fiestero que, por tres ocasiones, está encargado de organizar esta fiesta, que aparece como el arquetipo o modelo básico de las ceremonias entre los grupos del noroeste de México y suroeste de Estados Unidos.

Por último, el cantador, máximo intermediario entre la comunidad y la divinidad, deposita la sonaja y prende una vela. En su expresión se lee la interrogante de cuándo nuevamente podrá cantar y bailar para pedir, agradecer y también recordar al antiguo coyote y a San Francisco, que en el tiempo mítico hicieron el primer *yúmare* para amacizar el lodo en que el mundo estaba y convertirlo en tierra y libertad para todos.

Consulta sobre reforma constitucional en materia indígena⁷

Esta consulta se realizó en 1994 en la comunidad de Yepáchi (municipio de Temósachi). Nada más llegar, nos presentamos con la gobernadora principal de los pimas (*onagúshigam*), doña Romelia Arena, y con el presidente seccional, el señor Fidencio Mendoza, a quienes informamos de los propósitos de nuestra visita. Nos dijeron que, al día siguiente, domingo, había convocada una reunión de la Sociedad de Padres de Alumnos de la Escuela Albergue y otra en el salón comunal para discutir un asunto forestal. Aunque la gobernadora se mostraba pesimista y desconfiada de que se fuera a juntar la gente, planteamos hacer la reunión de información y consulta sobre la reforma constitucional a la manera tradicional —en el atrio de la iglesia—, puesto que, tanto en la escuela como en el salón de la comunidad, se hallarían mezclados pimas y mestizos, y nuestro interés era básicamente dialogar con los primeros y escuchar sus opiniones y sugerencias sin presiones o condicionantes de los segundos.

Antes de comenzar la reunión, la gente que iba llegando comentaba en forma pesimista que seguramente no vendrían muchos porque la gente ya no creía en todo eso, ya estaba cansada del personal de instituciones gubernamentales que siempre venía haciendo promesas que al final quedaban en nada; aunque comprendieron que nuestro papel era distinto, pues sólo nos interesaba informarles y recibir su opinión, no crear ningún tipo de falsa expectativa. Pese a lo improvisado, se juntó un número de personas superior al que estuvo en la reunión de la escuela —la otra asamblea no se realizó porque no llegaron los compradores de madera ni el personal de la Coordinadora Estatal de la Tarahumara—: aproximadamen-

te setenta pimas alrededor de sus autoridades tradicionales, quienes consideraron que, de todas formas, eran pocos en relación con la población total.

Durante la presentación del tema de la incorporación de los derechos indígenas en la nueva constitución del Estado, casi nadie hizo preguntas ni externó opinión alguna, aunque todos escucharon muy atentamente. Fue al pasar a los temas específicos cuando la participación se desbordó y muchos quisieron hablar al mismo tiempo.

Justicia

Por consenso de los asistentes, el principal problema que enfrenta la comunidad es ciertamente la falta de justicia en todos los niveles.

—El que tiene dinero sale luego, luego del encierro y el que no lo tiene se queda dentro, sobre todo si es indígena, pues es el que menos sabe cómo defenderse —casi siempre de acusaciones falsas— y no tiene quién le ayude o asesore.

Según explicaron, las fiestas ya casi no se celebraban y el *Yúmare* no se realiza desde hace tres años en que mataron a una persona llamada Gabino. Dicen que, en ese *yúmare*, los mestizos se entrometían cayéndose de borrachos en medio del baile ceremonial de las mujeres, sin hacer caso a las recomendaciones y llamadas de atención de las autoridades tradicionales. A pesar de que existe un destacamento de la Policía Judicial del Estado, la opinión de la mayoría es que “agarran a uno que hace algo y al ratito ya anda nuevamente suelto, más bravo que antes de que lo agarraran y con ganas de vengarse”.

Están, pues, de acuerdo en que existan leyes que defiendan sus ceremonias religiosas, cantos y bailes tradicionales —como son el *Yúmare* y la Semana Santa— de aquellos mestizos que no los respetan. Preferirían volver al tiempo de los antiguos cuando las leyes de respeto eran más estrictas que las de ahora o, al menos, no se podían evadir por medio del dinero. Ahora, insisten constantemente que no hay justicia porque los blancos les quitaron la fuerza de sus leyes y sus normas, y en su lugar les dieron otras muy extrañas, degradadas y corruptas de las que se libran quienes poseen recursos económicos e influencias políticas. Pero manifiestan que de nada sirven las leyes si no hay también la garantía de que se van a cumplir, y en eso todavía siguen muy desconfiados.

Parte de sus quejas se dirigen a las autoridades mestizas y a los funcionarios públicos se la pasan en reuniones y congresos, pero nunca obtienen ningún resultado positivo para los comuneros. Aunque a veces vayan los gobernadores indígenas, *gúshigam*, y presenten ponencias (o lista de solicitudes), no les hacen caso y por eso ya no creen en ellos. Denuncian cómo algunos mestizos matan los animales de los pimas, introducen su ganado en los cultivos indígenas y los asustan, amenazan y amedrentan. Concretamente se acusó a los vaqueros del mestizo Efraín Flores de haber matado un marrano, un chivo y cuatro chivas de un pima, pero hasta la fecha no se le ha hecho nada.

⁷ Esta parte se basa en el informe del trabajo de campo conjunto redactado con Francisco Cardenal, en aquel entonces asesor de la Comisión de Asuntos Indigenistas del Congreso del Estado.

Aunque los juicios tradicionales ya se han perdido, la gente considera que no sería muy difícil implantarlos de nuevo si la ley los apoya, pues con eso la justicia sería más efectiva y quedaría entre ellos, salvo los casos más complicados o que no quisieran respetar las decisiones que se mandarían al Ministerio Público. Por ejemplo, sobre la inutilidad de la autoridad mestiza dicen que hay mucha venta clandestina de bebidas alcohólicas, algo no permitido por la ley, y comentan:

—Agarran a un pobre indio borracho y le preguntan que dónde lo compró. ¿Cómo que dónde lo compró? Si los policías bien saben dónde porque ¿cuántas casas hay en Yepáchi? ¿Cuéntelas; A ver cuántas hay, y si el que vive aquí bien sabe quién vende y quién no, ¿pa' qué preguntan entonces? Y luego, además, les dicen que les den comida porque no tienen qué comer, que ellos andan guardando el orden, pero ¿cuál orden?;

Al parecer es muy poco lo que hace la policía y la gente tiene miedo de hacer denuncias formales por las represalias.

—¿Sabe cuál es la causa de estos problemas? —comenta uno—. Ahí está, mire, esas nubes echan la lluvia sobre lo que siembran y de ahí sale el producto, la hierba. Y todo, desde que está ahí eso. —Señala la carretera—. Agarre un poco de la cosa esa y huela. ¿A chapopote? Eso es, ese olor trae todo. Dicen que es beneficio, pero no lo es tanto.

—Esa cinta de asfalto, la serpiente negra —dice la *onagúshigam*—, nos trae muchas cosas malas, tal vez más que buenas.

Tierra

Como en el resto de comunidades consultadas al respecto, todo el mundo está de acuerdo en que la tierra de los indígenas a la que se refiere la ley incluye todo el territorio: ríos, montañas, bosques, etc, y no solamente las tierras de cultivo.

Se quejan mucho de las invasiones de tierras, la mayoría realizadas por parte de los mestizos, pero algunas llevadas a cabo por pimas de otras partes, hasta el punto de considerar que la comunidad sólo tiene acceso a un tercio de su territorio total. También se quejan de las compra-ventas ilegales que realizan los mestizos y de los cercados que guardan los grandes potreros. Opinan que cualquier secta, industria o persona que quiera instalarse en sus tierras debe primero solicitar permiso a la comunidad, la cual lo decidirá en asamblea.

Educación

Fundamentalmente, para la comunidad pima de Yepachi, lo que deben de aprender los niños pimas consiste en trabajar y respetar a los mayores y a sus tradiciones y costumbres. También, tienen que saber leer y escribir para aprender a convivir

y a conocer cómo viven en otras partes del mundo, pero sin olvidarse de su propio idioma, por lo que es obligatorio que los maestros que enseñan sean indígenas y maneje la lengua de los pimas, *o'oba*.

Sobre esto último, se constató que los maestros de la escuela-albergue no conocen el idioma pima. Los maestros bilingües que hay son tarahumares y, absurdamente, alguno de los libros de texto que poseen están en idioma *rarámuri*, pero tampoco se usan. Los pocos profesores pimas que existen fueron mandados a otras regiones de la Tarahumara por la Dirección de Educación Indígena en el estado. Únicamente en Piedras Azules, perteneciente a la comunidad de Yepachi, se encuentra un profesor pima que conoce y habla bien su idioma: Manuel Coronado.

Muchos manifestaron su interés por aprender la lengua que se les había olvidado o que nunca les fue enseñada.

Salud

A pesar de que cuando los doctores u otras instituciones hacen sus censos en ellos no aparecen practicantes de medicina tradicional —debido a que siempre se la ha tomado como retrasada, primitiva y llena de supersticiones—; en la comunidad pima existen algunos curanderos, parteras y hueseros, aunque no puede afirmarse que se encuentre en plena vigencia, sino que funciona en forma oculta.

En la discusión sobre los dos sistemas de medicina hubo un acuerdo en los siguientes puntos:

- Que los médicos indígenas tradicionales o curanderos conocen y curan enfermedades y afecciones que los doctores de las clínicas o centros de salud no conocen ni pueden sanar.
- Que debe de existir una comprensión y un respeto mutuo entre ambos sistemas curativos.
- Que es posible la colaboración entre el curandero y el doctor siempre que estos últimos fueran más humildes, menos impositivos y tuvieran la mente más flexible a nuevos conocimientos y lógicas de concebir la salud y la enfermedad.

Piensan que los médicos tradicionales son libres de ejercer su vocación únicamente con que sea aceptado por su comunidad y, por lo tanto, no requiere ni necesita credenciales de ningún tipo, puesto que ni son funcionarios ni cobran por sus servicios.

Representatividad legislativa

Ante la propuesta que se les hizo sobre diferentes métodos de representación frente a las autoridades municipales y estatales, para próximas consultas e incluso ante la posibilidad de tener diputados indígenas, los pimas de Yapachi manifestaron pre-

ferir que en cada asunto se les tenga que tomar en cuenta: se acuda a la comunidad para preguntarle su parecer.

Quejas

De entre todas las quejas que nos comentaron sobresalen principalmente dos. La primera es que parece ser que el señor Jesús Villalobos, de Maderas Santa Rita —habitual comprador de la madera de la comunidad— adquirió una cantidad de árboles ya hace tiempo. Tumbó los árboles y firmó el correspondiente recibo de trocería, haciendo la correspondiente liquidación. Sin embargo, transcurrió mucho tiempo sin que esta madera fuese transportada en su totalidad. A principios de año hubo un incendio y se quemó lo que le quedaba en el monte, que el empresario calcula en unos sesenta mil pies.

En una pasada asamblea comunitaria, el señor Villalobos exigió otros sesenta mil pies de madera con la amenaza de embargar a la comunidad, a pesar de que ya se le había hecho la liquidación y ya se le había entregado. A dicha asamblea asistieron, por segunda convocatoria, sesenta y un comuneros, además de los funcionarios de la Procuraduría Agraria y de la Coordinación Estatal de la Tarahumara. Por medio

del Comisariado de Bienes Comunales (cuyo presidente es el señor Gilberto Casimiro) se le hizo saber al demandante que, una vez recibida, la madera queda bajo la responsabilidad del comprador. Este contestó que eso no era justo y exigió la cantidad ya mencionada. Mucha gente se salió de la asamblea por considerar aquello absurdo, una necedad de ese señor. Los veintuno que quedaron le firmaron un acuerdo de entregar esa trocería y los funcionarios presentes lo ratificaron. Ante esa situación, la gente se muestra enojada e inconforme porque los servicios forestales ya marcaron los pies de madera. Para evitar ese robo descarado, los allí presentes redactaron una carta de protesta por esa decisión pidiendo su anulación y la realización de una nueva asamblea comunitaria.

El segundo problema se relaciona con las ya mencionadas invasiones, en este caso en el mismo centro poblacional. Un señor mestizo que vive enfrente de la iglesia, Alberto Rascón Pérez, vendió un solar aledaño al templo sin ningún tipo de autorización comunal. El comprador ya ha cercado e invadido buena parte de lo que corresponde a la iglesia, aunque el señor Rascón asegura que su medición de linderos es correcta y que las autoridades tradicionales están en un error. La única forma de comprobarlo es consultando los planos de los solares del fundo legal que al parecer se encuentran en Gomez Palacios, estado de Durango.

